

# DIARIO DE UNA ESPÍA

## Capítulo 1

Al habla Sofía:

Bien, en primer lugar, debo advertirte que Sofía Arias no es mi verdadero nombre, porque la Organización no me permitiría revelarlo. La verdad es que tampoco puedo hablar de la Organización. Estoy atada de pies y manos. Si me he decidido a escribir este libro es precisamente por eso, para poder desahogarme y poder contar algunas de las cosas emocionantes que me suceden cada día sin que nadie sospeche quién soy.

No me está permitido decir una sola palabra sobre esto, ni siquiera a mi familia o a mis amigos, y eso a veces me hace sentir un poco sola. La vida como agente secreto es muy excitante, pero también muy solitaria. Y extremadamente peligrosa.

En efecto, soy agente secreto. O espía, si lo prefieres. En las películas, a menudo nos llaman espías y se imaginan que vamos con gabardinas grises, sombreros calados hasta los ojos y gafas de sol. ¡Por favor! Si vistiésemos así no seríamos secretos y la gente nos señalaría con el dedo. Mi uniforme lo decide la Organización y es distinto para cada día del año. Por la mañana, un falso repartidor de leche me hace llegar un paquete con la ropa que debo ponerme para ir al instituto. A veces me gusta y a veces no, pero tampoco puedo decidir; cada camisa, cada calcetín, cada horquilla para el pelo están pensados para camuflarme como un camaleón entre las niñas corrientes.

Tal vez pienses que las niñas no pueden ser agentes secretos. Te equivocas. Los servicios de inteligencia no deben confiar todas sus misiones a hombres y mujeres jóvenes. Sería demasiado fácil descubrirlos. Puede funcionar cuando se investigan aeropuertos o grandes almacenes, pero, ¿qué pasa cuando la misión tiene lugar en un colegio, instituto o en una residencia de ancianos?

No, no, no. De vez en cuando reclutan en sus filas a algunos niños de aspecto inocente, ancianos de pelo algodónoso e incluso mascotas bien entrenadas. ¿Quién sabe? Tu propia abuela podría ser uno de nosotros. Mi propia abuela, por cierto, lo es.

Aún recuerdo aquella noche lluviosa de otoño en que mis padres me dejaron con ella para salir a ver un espectáculo en Portsmouth. Mi abuela los vio marchar en coche a través de las cortinas, esperó a que las luces de los faros se perdieran en la carretera y me puso sobre sus rodillas. Yo pensaba que estaba a punto de hacer esas cosas que hacen las abuelas: contarme el cuento de Caperucita, pellizcarme los mofletes o ponerme en las manos un caramelo de menta. Lo que me puso entre las manos, sin embargo, fue un diminuto microchip que llevaba oculto en su moño blanco.

-Protégelo con tu vida, hija mía- me dijo.

## Capítulo 2

Al habla Sofía:

Me encuentro a la espera de que me asignen una misión. Mientras tanto, trato de mezclarme entre la multitud en este lugar cruel y despiadado donde me ha enviado la Organización: un instituto de secundaria.

Tal vez se te ha pasado por la cabeza que este instituto podría ser tu instituto. Pues sí, podría ser. No es lo más seguro, ni siquiera es probable, pero podría ser.

Para mí no es sino un colegio más. En mi corta vida como agente secreto, ya he pasado por cuatro o cinco colegios distintos, pues resultan escondites estupendos para los grandes estafadores y criminales internacionales.

Los niños nunca hacen demasiadas preguntas. Los profesores sí las hacen, pero solo sobre los sistemas montañosos europeos. Se podría decir que, igual que algunos coleccionan sellos, yo colecciono criminales.

En cierta ocasión detuve al jefe de una banda de atracadores que se hacían pasar por conserjes. Otro curso, lo pasé persiguiendo a un falso entrenador de baloncesto que ocultaba el producto de sus robos en el interior de las colchonetas del gimnasio.

El año pasado, tuve que vérmelas con una profe de mates que utilizaba el laboratorio de química para falsificar billetes de banco. Desenmascarar resultó a la vez divertido y emocionante.

- Sofía, a la pizarra -gruñó aquella mañana, sacudiéndose la tiza de las manos en la bata-. Acababa de copiar en la pizarra la ecuación más difícil y enrevesada que os podáis imaginar.

Yo, me acerqué a la pizarra, tomé la tiza de sus manos y atacué la ecuación.

- No creo que seas capaz de resolverla -me animaba amablemente ella, con un brillo de desafío en los ojos y manchas de tiza entre los dedos-.

Yo sudaba a chorros. Me sudaban la frente, las manos y el cerebro. Pero lo hice, la resolví.

Por suerte, la Organización me paga un profesor particular de matemáticas. Los demás niños parecieron entusiasmados, pero la falsa profesora se lo tomó fatal.

-Has tenido suerte -dijo-. Ahora devuélveme la tiza y sigamos con la clase.

Yo le alargué la tiza con un rápido movimiento de muñeca, se oyó un suave chasquido y, cuando fue a echársela de nuevo al bolsillo, descubrió que su mano estaba esposada a la mía.

-Debió de ser más cuidadosa, profe. Sus billetes falsos eran casi perfectos, pero ha dejado sus huellas en todos ellos... La próxima vez, no olvide limpiarse las manos de tiza-. Y me la llevé esposada. No solo me concedieron una medalla en la Organización, también me pusieron un punto positivo en matemáticas.

Ya sabes que no puedo revelar el nombre del instituto en el que me encuentro.

Llamémosle, si te parece, El Instituto. Es un gran hormiguero lleno de alumnos, conserjes, profesores y gente extraña. Todos me resultan sospechosos.

Si por casualidad tú también estudias en El Instituto, presta atención a todas las cosas extrañas que veas. Tal vez puedas serme de ayuda.

Si por casualidad has venido a esconderte de la justicia en El instituto, presta atención también. Sofía ha empezado a seguirte los pasos.

### Capítulo 3

Al habla Sofía:

No sé si usas gafas. De lo que sí estoy segura es de que alguna vez has visto a algún conocido con las gafas sobre la frente mientras revuelve desesperado hasta el último rincón de su casa mientras grita: ¡Mis gafas! ¡He perdido mis gafas!>

Algo parecido me ha ocurrido con mi contacto en El Instituto.

Creo que no te he contado lo que es un contacto. Un contacto es otro agente que te da la información y los datos necesarios para resolver una misión. Pues bien, resulta que desde que llegué aquí, me ha sido imposible localizarlo y resulta que lo he tenido a mi lado todo este tiempo. Y es que mi maldito contacto ha usado un disfraz demasiado bueno.

Uno espera que sea alguien elegante, alguien que fume en pipa o, al menos, tome chupachuses de sabores exóticos. Lo que nunca espera es que su contacto sea un conserje que escupe al hablar, la profesora que te suspende en historia, las tortugas de la clase de ciencias o una taquilla del gimnasio. Pues resulta que mi contacto ha resultado ser algo así como una taquilla de un gimnasio: alguien un poco cuadrado, un poco gris, un poco oxidado y que uno se imagina lleno de toallas sucias y zapatillas malolientes. Y, sin embargo, a veces abres una taquilla con tu llave maestra y te encuentras con algo que no habías esperado ver o quizá con algo que no habías sabido ver.

El caso es que presiento que me va a ser de gran ayuda para cumplir mi misión. ¡Y es que por fin tengo una misión! Ayer la estuvimos discutiendo durante una merienda clandestina. Sólo puedo decir que parece que hay alguien aquí, escondido en El Instituto con un oscuro secreto del pasado y que yo he sido enviada para descubrirlo. Alguien muy sospechoso que, bajo su apariencia de persona inocente, es en realidad un criminal.

### Capítulo 4

Al habla Sofía:

Silencio, cámaras, ¡acción! Sí, sí, por fin algo de acción en El Instituto. O como diría el famoso Sherlock Holmes: “la caza comienza, Watson”.

Mi primera pista me ha llevado muy lejos de El Instituto, hasta una enorme mansión rodeada de una verja puntiaguda, donde cientos de personas muy distintas celebraban un gran baile de máscaras. Según mi contacto, alguien en aquella fiesta conocía al criminal al que sigo los pasos. ¿Podría yo descubrirle bajo una de esas máscaras?

Por aquel jardín iluminado con farolillos de colores deambulaban multitud de hombres, mujeres y perritos envueltos en mantas escocesas, y mi deber era interrogarlos a todos, incluidos los perros. Lo malo es que los criminales siempre tratan de protegerse unos a otros, así que la cosa empezó mal.

Un grupo de damas de la aristocracia, de esas que nunca se pierden una buena fiesta, se acercó a la verja de la mansión, seguidas por una sirvienta con cofia. Me aproximé hacia el grupo, y me dediqué a charlar con unas y otras, pero no saqué nada en claro.

Evidentemente se habían hecho las tontas. Me senté en un banco para descansar, pero una voz me hizo desperezarme.

- Yo conozco a la persona a la que busca -susurró la sirvienta de la cofia-. Entonces, comprendí la verdad. Aquella mujer no era criada de nadie, solo estaba caracterizada.

- Eso significa que conoce a mi sospechoso.

-Sospechosa, señorita. Su sospechoso es una mujer- se trataba de una ladrona que hacía poco había desaparecido de la circulación.

- Se esconde en El Instituto -le informé- bajo una identidad falsa.

- Si eso es cierto, no se contentará con ocultarse. Algo habrá allí de valor que ella intentará robar.

Ahí tenía mi misión. Tenía que proteger algo o a alguien. Después de agradecerle los datos a la falsa sirvienta, me escabullí sigilosamente. Tenía mucho trabajo por delante.

Estad alerta porque seguiré informando.

Palomina Pitufina.

Sofía Nieto Lagarma. 1º ESO.

